

PROSPECTOS PARA LA PAZ MUNDIAL. CONSIDERACIONES SOCIOPSICOLÓGICAS*

Jerome D. Frank**

Título original:
Prospects for World Peace-Sociopsychological Considerations**

Summary

The uniquely human capacities to abstract and symbolize and to manipulate the environment have increased both the threat of nuclear extinction and possibilities of eliminating war. New threats include world-destroying weaponry and psychologically unsettling acceleration of change in conditions of life; new possibilities include the use of international telecommunications and collaborative international projects to combat mutual fears and create the sense of global community that provides the psychological basis for effective international peacekeeping institutions.

Resumen

La capacidad característica y única de los seres humanos para la abstracción y la simbolización y para manejar el ambiente, ha incrementado tanto la amenaza de extinción nuclear como la posibilidad de eliminar la guerra. Las nuevas amenazas incluyen el armamento para destruir al mundo y la aceleración psicológicamente perturbadora en el cambio de las condiciones de vida. Las nuevas posibilidades incluyen el uso de las telecomunicaciones internacionales y de los proyectos de colaboración internacional para combatir el mutuo temor y crear la sensación de una comunidad global que ponga las bases de las instituciones internacionales efectivas para conservar la paz.

La obtención y el mantenimiento de la paz mundial dependen, finalmente, de la creación de instituciones que diseñen los medios necesarios para resolver sin violencia los conflictos, y la manera de ponerlos en práctica —en un gobierno mundial, si así se desea. Como psiquiatras sociales, tenemos poco que ofrecer en cuanto a la estructura y a la función que deba tener dicho gobierno, o a la manera como se pueda lograr. Estos problemas pertenecen a la ciencia política y militar, a la jurisprudencia, a la economía, etc. Sin embargo, los psiquiatras sociales pueden hacer notar ciertas características exclusivas de la naturaleza humana que contribuyen a que exista la posibilidad de que estalle una guerra, que ahora sería un holocausto

**Profesor Emérito de Psiquiatría en la Escuela de Medicina de la Universidad Johns Hopkins, Baltimore, MD, EUA. Correspondencia: Department of Psychiatry and Behavioral Sciences, Room 3-181 e, Adolf Meyer Bldg., The Johns Hopkins Hospital, Baltimore, Maryland 21205, EUA.*

***Este trabajo se presentó como parte del simposio "La Paz Mundial y la Psiquiatría Social", en la Reunión Anual de la Asociación Psiquiátrica Americana, que tuvo lugar en 1984 en los Angeles, Calif., EUA. Fue publicado en The American Journal of Social Psychiatry, Vol. 2, primavera de 1985, quienes, al igual que el autor, dieron su autorización para que lo publicáramos. Traducido por Angélica Bustamante.*

nuclear, pero también tienen la esperanza de que pueda lograrse la paz del mundo.

Estas características, exclusivamente humanas, se apoyan en tres peculiaridades del cuerpo humano que no se encuentran en ninguna otra criatura: nuestro enorme cerebro, especialmente la corteza cerebral; nuestro aparato vocal, que junto con la corteza nos permite usar el lenguaje; y nuestros pulgares opuestos, que permiten que nuestras manos modifiquen el medio ambiente de una manera tal que ningún otro animal podría siquiera intentar.

Debido a nuestra capacidad de abstracción y simbolización, el impulso para adueñarnos del medio ambiente que compartimos con los demás animales, tiene una nueva dimensión. Nuestros poderes simbólicos aumentan en gran medida el grado de estimulación que activa las necesidades biológicas, y nuestro ingenio aumenta de manera similar el número y la variedad de maneras para satisfacerlas. Como resultado, el trabajo conjunto de nuestras capacidades conceptuales e instrumentales —nuestros cerebros y nuestras manos— ha creado extraordinarios beneficios para la humanidad, al igual que considerables peligros para nuestra supervivencia.

La mayor amenaza, y la más inmediata, es una catástrofe nuclear que destruya la civilización. Esta amenaza se debe a la propensión de los humanos, como la de todas las demás criaturas, a violentarse cuando se sienten frustrados. Sin embargo, el estímulo que instiga a los animales a arrojarse a un conflicto violento, se debe exclusivamente a la frustración de sus esfuerzos para satisfacer sus necesidades biológicas, tales como el sexo, la comida y el territorio. Solamente los humanos se matan unos a otros por conflictos simbólicos tales como si Dios es unitario o trinitario, o si deben prevalecer los derechos del individuo o de la sociedad.

En los conflictos de los animales, las heridas que pueden infligirse unos a otros se limitan a aquellas que pueda causar la destructividad de sus dientes y de sus garras. El ingenio humano ha ido desarrollando armas cada vez más poderosas hasta llegar a las armas atómicas, que tienen capacidad para destruir a todos los seres humanos virtualmente al mismo tiempo.

En este trabajo examinaré algunos de los potenciales destructivos, así como algunos de los potenciales prometedores del poder de abstracción y simbolización de la humanidad.

Una característica de los poderes simbólicos del

Salud Mental V.9 No. 1 marzo 1986

hombre que puede unir ambos extremos es, usando la atinada frase de Korzybski, la que permite a los seres humanos *unir el tiempo* (5); esto es, el comportamiento humano, en contraste con el de todos los demás animales, aunque está determinado por el estímulo actual, depende en gran medida de las imágenes del pasado y del futuro.

Nuestra memoria no solamente registra y conserva las imágenes de las experiencias del pasado, sino que la memoria de cada quien enfatiza y selecciona de los millones de acontecimientos pasados, aquellos que puedan entrelazarse dentro de una historia o apología coherente que justifique o explique el comportamiento actual del individuo y su postura ante la vida. La apología del criminal es una "historia triste" que relata de qué manera influyeron las maquinaciones de sus enemigos o los golpes del destino en las dificultades por las que atraviesa, de la misma manera que un exitoso hombre de negocios construye una historia para explicar su éxito (3).

De manera similar, los grupos humanos elaboran historias para justificar sus instituciones y su comportamiento. Ya lo dijo Samuel Johnson: "Mientras la historia no esté apoyada en evidencias contemporáneas, será novela" (4).

Apoyándose en su visión de la historia, los miembros de todas las sociedades perciben su sociedad como, si no ideal, al menos la mejor, y la proyectan hacia un futuro indefinido. Esta visión del futuro se convierte en un poderoso determinante para su comportamiento actual. Nadie puede decir que en este momento los gobernantes de la Unión Soviética estén esclavizando a los Estados Unidos, pero el temor de que eventualmente traten de hacerlo está generado por la proyección hacia el futuro de nuestra interpretación de su comportamiento actual. El comportamiento de los dirigentes soviéticos está en parte determinado por su proyección del comportamiento futuro de los Estados Unidos; y estas percepciones recíprocas son la fuente principal de la carrera armamentista nuclear.

La habilidad para guiar el comportamiento por las imágenes del pasado y del futuro permite el sentido de continuidad histórica que es necesario para tener la sensación psicológica de seguridad, un sentido de continuidad ahora amenazado por los cambios acelerados que están ocurriendo en las condiciones de vida.

Esta aceleración es la consecuencia de nuestro poder para simbolizar, que nos permite llevar a cabo los experimentos en la imaginación antes de ponerlos en práctica en la vida real. Como es más fácil manejar los pensamientos y las imágenes, que los objetos, esta habilidad aumenta enormemente nuestra eficiencia instrumental. Lo que es más, cada cambio que producimos al aumentar nuestro poder sobre el medio ambiente, facilita los siguientes cambios. Como resultado, la cantidad y la variedad de acontecimientos que ocurren simultáneamente, y la velocidad con que los acontecimientos se suceden unos a otros, aumenta de manera exponencial.

Hace más de 50 años, cuando estaba en la Universidad, el filósofo Alfred North Whitehead nos dijo que nosotros pertenecíamos a la primera generación en la

historia de la humanidad que no podía guiarse por los preceptos de sus abuelos. Ahora se ha vuelto una verdad literal el hecho de que no podemos guiarnos por los preceptos de nuestros hermanos mayores.

La rapidez del cambio nos deja como si estuviéramos cautivos en una isla en el tiempo, imposibilitados para guiar adecuadamente nuestro comportamiento por los conocimientos del pasado o por las proyecciones del futuro. Nos hemos quedado sin el sentido de continuidad que da significado a la vida. Nuestra dislocación histórica le pone a cada individuo la carga de elegir. Como ha dicho Víctor Frankl: "El hombre ya no se puede guiar por los valores tradicionales para saber qué es lo que debe hacer. Ni siquiera sabe ya qué es lo que quiere hacer" (2). Este predicamento puede ser la causa de gran parte del malestar actual, pero también puede ofrecernos nuevas esperanzas, como veremos más adelante.

El desarrollo de las armas de guerra ha determinado la aceleración del cambio. Tuvieron que pasar millones de años para que la humanidad pudiera avanzar de las piedras y los palos al arco y la flecha; pasaron otros miles de años para que descubriera la pólvora. A principios del Siglo XX, en cada generación ocurría un avance importante en el armamento. Como ejemplos podemos citar los barcos y los aviones. Hoy en día aparecen nuevas armas tan rápidamente que muchas se vuelven obsoletas antes de que puedan emplearse, lo cual hace que sean una tontería los tratados para el control de armas. Para cuando se llega a un acuerdo para eliminar una determinada clase de armas, ésta ya es a menudo obsoleta, mientras que la investigación y el desarrollo de nuevas y más mortíferas armas, no incluidas en el tratado, avanzan sin ningún obstáculo.

Hasta 1945, aunque el poder destructor de las armas iba en aumento a un ritmo acelerado, el poder destructivo del arma más dinamitante era limitado. De hecho, a pesar del aumento constante de su letalidad y del asesinato de muchos seres humanos en todo el mundo, el almacenamiento de armas que no eran nucleares, contribuyó al poder y a la seguridad de las naciones que las tenían, y la población mundial ha seguido creciendo. Pero de pronto, en el mes de agosto de 1945, la bomba atómica, seguida por la bomba nuclear, creó la posibilidad de una destrucción ilimitada.

Este salto del *quantum* en el potencial de destrucción le llegó a la humanidad tan de pronto que aún no hemos podido adaptarnos a las implicaciones que tienen las armas atómicas. Como consecuencia, las políticas nacionales aún están basadas en la suposición, propia de la época prenuclear, de que mientras más grande y sofisticado sea el arsenal nuclear de una nación, más segura y poderosa será ésta. Una vez que la nación que tenga menos armas nucleares destruya a la nación que tenga muchas más armas nucleares, sin importar lo que haga la nación que tenga el arsenal más grande y más complejo (situación que ha prevalecido entre los Estados Unidos y la Unión Soviética), el almacenar más armas nucleares no hará sino aumentar la inseguridad de todos.

La acumulación inapropiada de armas nucleares puede deberse, en parte, a que aún seguimos usando

un lenguaje propio de la época de las armas prenucleares cuando hablabamos de ellas (9). Claro, ya estamos empezando a usar términos como *megatón* y *sobrematar*, pero en su mayoría, nuestro vocabulario relacionado con las armas atómicas es muy engañoso. Los términos como *defensa*, *margen de seguridad*, *superioridad* e *inferioridad* no significan nada cuando se aplican a los arsenales nucleares de las superpotencias. El término *omnicida* es el único adecuado para describir realmente los efectos de las armas nucleares.

Dado que pensamos por medio de palabras, al emplear el lenguaje prenuclear para referirnos a las armas nucleares, creemos que el tamaño y la compleja tecnología de nuestros arsenales nucleares equivale a seguridad y poder. Como aún no se han usado las armas nucleares, su función es esencialmente simbólica. La carrera armamentista entre las dos superpotencias es una forma mortal de guerra psicológica —es una lucha por lograr la seguridad psicológica a expensas de la seguridad real.

La carrera hacia la destrucción nuclear va impulsada por otra manifestación de las potencias simbólicas de la humanidad. Lo que los teólogos llaman *soberbia*. Como ha dicho el teólogo Rheinhold Niebuhr: "El hombre trata de sobreponerse a su inseguridad por medio de un ansia de poder que sobrepasa los límites de la condición humana. En otras palabras, el hombre está tentado a romper los límites que Dios le señaló (6). La soberbia es la extensión simbólica del impulso biológico que asegura la sobrevivencia de uno mismo y de nuestro grupo, por medio del dominio sobre el medio ambiente y sobre nuestros hermanos. En términos seculares, la soberbia puede considerarse como un esfuerzo para vencer la *ansiedad existencial* —ese sentimiento de insignificancia y de desamparo proveniente de la sensación de que no somos sino chispazos de experiencia en un vasto universo impersonal.

La lucha de los seres humanos para usurpar el poder de los dioses, o para convertirse ellos mismos en dioses, son temas recurrentes en la literatura religiosa y en la mítica. La historia de la expulsión del Jardín del Edén parece incluir ambos temas. Al comerse la fruta del árbol de la sabiduría, Adán y Eva desobedecieron a Dios, por lo que los arrojó fuera del Jardín del Edén, pues esta sabiduría era prerrogativa de El; también porque temía que después descubrieran el secreto que los volvería inmortales como El. Más a propósito resultan las leyendas griegas de Icaro, en especial la de Faetón, quien persuadió a su padre, Apolo, de que lo dejara guiar el carro del sol. Como consecuencia, Faetón no sólo se incineró él mismo, sino que le prendió fuego a la tierra. En los mitos y leyendas, cada vez que los seres humanos tratan de desafiar o trascender los límites del poder que los dioses les han marcado siempre terminan desastrosamente. "La soberbia viene antes que la destrucción" (8).

Según Niebuhr, la soberbia es el primer pecado. En términos seculares, esto podría significar que la cualidad que nos ha permitido a los seres humanos dominar al resto de la creación, contiene en sí misma las semillas de nuestra propia destrucción. La relación entre la soberbia y la violencia yace, como ya hemos dicho, en

el hecho de que lo que más instiga a la violencia es la frustración. Azuzados por la soberbia, los individuos y los grupos tratan constantemente de salirse de sus límites. Como resultado, inevitablemente chocan con otros individuos y con otros grupos que hacen lo mismo, por lo que las mutuas amenazas y la frustración son inevitables y siempre está latente el estímulo que lleva a la violencia.

Hay dos tipos de soberbia especialmente importantes a este respecto: la soberbia de poder y la soberbia moral.

Si analizamos primero la soberbia de poder, veremos que los seres humanos siempre han considerado como dignos de elogio, los esfuerzos para extender su poder más allá del mundo físico, del mundo animado y de sus congéneres. El resultado de todo esto es que han logrado obtener un poder semejante al de los dioses para crear y destruir. Desafortunadamente, demasiado a menudo los seres humanos tratan de usar su poder destructivo para destruir a sus semejantes.

Prometeo robó el fuego a los dioses para beneficiar a la humanidad, pero sus buenas intenciones no lo libraron de un terrible castigo. Los físicos nucleares capturaron el fuego nuclear del cielo y lo usaron primero para fines de destrucción. Roberto Oppenheimer captó el profundo significado de esta conducta, que pudo haberle inspirado su famosa frase: Los físicos han pecado (7). ¿Sufriremos un castigo peor que el de Prometeo?

Los dirigentes nacionales y militares son muy susceptibles a la tentación de la soberbia de poder, pues no podrían ser dirigentes si no tuvieran un fuerte impulso de dominio, y el solo hecho de haber llegado a la cumbre, refuerza su creencia en su invencibilidad —creencia que se encarga de incitar la adulación de sus seguidores. Los dirigentes americanos son especialmente susceptibles por haber llegado a posiciones de poder durante unos años después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos obtuvieron la preminencia en las ciencias, en la tecnología y en la riqueza. Por ello es comprensible el que algunos dirigentes americanos creen que pueden adquirir un arsenal suficiente para pelear y ganar varias guerras simultáneamente alrededor del mundo; que los Estados Unidos sobrevivirán a una guerra nuclear, y que los Estados Unidos, por una combinación de fuerzas económicas y militares podrán enterrar a la Unión Soviética en el polvo de la historia.

La acumulación y el refinamiento de las armas nucleares al servicio de la soberbia de poder amenaza con hacer de estas armas nuestros amos, más que nuestros servidores. Están empezando a tener el poder sobre la vida y la muerte atribuido a los dioses. No sólo pueden destruir a la humanidad, sino que amenazan con escapar al control de los seres humanos. Cada vez más reciben sus órdenes no de los seres humanos, sino de las computadoras. Como los ICMB de la Unión Soviética y los de los Estados Unidos, están destinados para uno y otro, y no hay ninguna defensa contra ellos, la única manera que tienen las dos naciones para proteger sus propios misiles es disparándolos antes de que el otro lo haga. El tiempo que tardarían en llegar es

tan corto que ninguna de las dos naciones puede darse el lujo de esperar a que los seres humanos determinen si el otro ha lanzado sus armas o si está a punto de hacerlo. Por ello, las dos naciones tienen que depender de sus computadoras para calcular cuándo deben lanzar sus propias armas. Finalmente se ha hecho realidad la observación de Ralph Waldo Emerson: "Las cosas están en el trono y rigen a la humanidad" (1).

El peligro de la soberbia de poder en un mundo erizado de armas atómicas está compuesto de soberbia moral. Según Niebuhr: "La soberbia moral es la pretensión del hombre finito de que... sus muy relativas normas morales son absolutas" (6) (p. 199).

A fin de darle un significado a nuestra efímera existencia y guiar nuestro comportamiento, creamos normas y valores morales —ideas acerca del bien y del mal, de lo bueno y de lo malo. Los valores se expresan a través de las normas sociales y de los códigos de conducta que influyen poderosamente el comportamiento. Si los códigos y las normas de un grupo fuerte entran en conflicto con las necesidades individuales, aun si se trata de la propia supervivencia, prevalece la norma creada por la sociedad.

Hay infinidad de ejemplos: A nivel individual, hasta una necesidad biológica tan necesaria como la necesidad de alimentarse, puede estar dominada por las expectativas sociales. La *anorexia nervosa* y la bulimia se han convertido en enfermedades muy extendidas en los Estados Unidos, ya que los jóvenes se matan de hambre por creer en el valor de que lo delgado es hermoso. En contraste, en el antiguo Hawái, mientras más gorda fuera la mujer, más deseable y hermosa era, sin duda con iguales consecuencias nefastas para la salud. También prevalecen los valores por encima de las necesidades biológicas en los ayunos religiosos y en las huelgas de hambre políticamente motivadas.

Los ataques suicidas de los jóvenes japoneses durante la II Guerra Mundial, y ahora de ciertos devotos musulmanes, nos dan un ejemplo notable del poder de las ideas. Estos autosacrificios están motivados por la fe de ambos grupos de que tales actos los llevarán al Paraíso.

Cuando van unidos a la soberbia moral, los diferentes valores de los grupos pueden ser causa de conflictos mortales. Un ejemplo notable es la diferencia que tienen del concepto de libertad en el sistema de valores de la Unión Soviética y en el de los Estados Unidos. Para los americanos, la libertad individual es un derecho divino, mientras que para los rusos, la libertad es un privilegio condicional otorgado por la sociedad. El resultado es que lo que los americanos consideran como libertad, los rusos lo ven como una autoindulgencia destructiva y una licencia irresponsable, mientras que el control del comportamiento individual por la sociedad soviética es considerado por los americanos como una opresión intolerable. Por diferencias como estas, y por las instituciones sociales que les dan cuerpo, los Estados Unidos y la Unión Soviética actúan como si estuvieran preparados para destruirse uno al otro al igual que al resto de la humanidad.

La soberbia moral lleva a un grupo a ver como mor-

talmente malos los valores del grupo hostil, que difieren de los propios. Un presidente de los Estados Unidos caracterizó a la Unión Soviética como un "imperio maligno", mientras que los rusos insisten en que el avión coreano que derribaron los estaba espionando y que los pasajeros eran peones sacrificados por el servicio de espionaje americano en un "juego diabólico". El Ayatollah iraní ha llamado "el gran Satán" a los Estados Unidos.

La lucha motivada por las mutuas imágenes que se tienen del enemigo, como las llamadas guerras religiosas, siempre ha sido excepcionalmente amarga y prolongada. Esto puede deberse a que el concepto del bien y del mal es crucial para la seguridad psicológica, por lo menos de dos maneras. La primera es que le da un significado a nuestra existencia. Ya sea que vivamos para la gloria de Dios, para el triunfo del comunismo o para la autorealización, dedicándonos a tales valores le damos significado a nuestra vida.

La segunda es que al prescribir cómo comportarnos, los valores nos dan un fuerte sentido de certeza en un mundo incierto. Por lo tanto es más difícil contemplar la eliminación de nuestros valores, que la pérdida de la vida, como lo expresa la frase: "Mejor muerto que rojo".

Es característico de las guerras religiosas el que terminen hasta que uno de ambos contendientes es aniquilado o convertido al sistema de creencias del otro, o cuando ambos están exhaustos. Hasta ahora, siempre ha sobrevivido por lo menos uno de los contendientes. Las guerras ideológicas en las que se pelea con armas nucleares omnícidas, probablemente extingan a la humanidad.

Hasta ahora he hablado solamente de los nuevos peligros para la supervivencia, creados por el poder que tiene la humanidad para la simbolización y la ingeniosidad técnica. Para equilibrar este relato, permítaseme mencionar brevemente algunos potenciales promotores que tienen las mismas características, especialmente por lo que se refiere al control de la violencia.

Debe admitirse que nunca podrán ser totalmente eliminados los instigadores de la violencia. Sin embargo; los ejemplos de Martín Luther King y Mohandas Gandhi por lo menos han hecho surgir la posibilidad de que la violencia pueda ser controlada en las diversas sociedades, por fuerzas simbólicas. El grupo poderoso considera que estos dirigentes, que surgieron de dos culturas muy diferentes —y bajo circunstancias muy especiales— evitaban que los jóvenes sanos y fuertes acudieran a la violencia aun frente a la muerte.

Se ha dicho a menudo que la propensión a la violencia del género humano hace que sea imposible eliminar la guerra. En realidad no hay una relación directa entre violencia y guerra, pues la violencia es una necesidad biológica, mientras que la guerra es una institución social. Decir que la guerra es inevitable porque el hombre es violento por naturaleza, sería equivalente a decir que porque el hombre es carnívoro por naturaleza, el canibalismo es inevitable; o que porque el hombre forma jerarquías, sea inevitable la esclavitud. Las instituciones se desploman cuando dejan de ejecutar las funciones para las que se les creó; y cada día es más evidente que una contienda con armas nucleares no

podría resolver ningún conflicto internacional. De hecho, desde la II Guerra Mundial no se ha peleado ninguna guerra hasta obtener la victoria, que pudiera haber involucrado a las potencias nucleares, excepto la guerra de Vietnam, en la cual, quién sabe por qué, la potencia nuclear más fuerte permitió que ganara la potencia más débil que no tenía armas nucleares. En pocas palabras, la guerra ya se está volviendo obsoleta.

Dentro de la sociedad, las instituciones encargadas de juzgar los conflictos y poner en práctica sus decisiones han mantenido a la violencia dentro de niveles tolerables, modelo que podría aplicarse eventualmente a la escena internacional. Desde un punto de vista psicológico, el poder de dichas instituciones depende, en último término, del consenso de las poblaciones que están bajo su jurisdicción, y por más restrictivas que sean son preferibles a la anarquía que se suscitaría si no existieran.

Por lo mismo, este consenso descansa en un sentido de comunidad. Por primera vez, los adelantos tecnológicos modernos han creado la posibilidad de crear este sentido de comunidad entre todos los pueblos del mundo.

Nos guste o no, las naciones y los pueblos de la tierra se están volviendo más interdependientes —esto es, deben buscar el bienestar del otro por su propio bien. Deben cooperar para combatir los problemas que amenazan a la supervivencia humana, tales como la contaminación atmosférica y la de los océanos. El humo de las plantas industriales crea la lluvia ácida de Ontario. De hecho ya no existe la ilimitada soberanía nacional.

La radiocomunicación y la telecomunicación por satélite es un medio poderoso que propugna por el reconocimiento de la interdependencia internacional. Los mensajes que se envían por este medio pueden llegar simultáneamente a todos los habitantes de la tierra, brincar la barrera del analfabetismo, y como saben todos los publicistas, ser mucho más efectivos que la palabra escrita, para instigar a la acción.

Bien usados, la radio y la televisión internacional podrían contrarrestar la imagen demoníaca que se tiene del enemigo, llevando a los diferentes pueblos del mundo hasta los hogares de unos y otros. La tecnología moderna ha creado medios mucho más efectivos para este fin al crear cada vez mayores oportunidades y necesidades de cooperación internacional para la realización de las metas a las que aspiran las naciones, pero que ninguna puede alcanzar sola. Se ha visto que estas actividades tienden a reducir las mutuas sospechas y a impulsar la cooperación en las actividades emprendidas por los miembros de grupos hostiles (10). Algunos ejemplos internacionales exitosos son El Año Geofísico Internacional, el Tratado de Barcelona para salvar el Mediterráneo, y la eliminación total de la viruela negra.

La cooperación internacional en la exploración del espacio exterior, ya iniciada tentativamente por los Estados Unidos y la Unión Soviética, podría reportar dentro de poco tan grandes beneficios, que podría convertirse en una fuerza poderosa para la unión mundial.

Ya mencioné que como resultado de los cambios tan rápidos que se producen en las condiciones de vida,

esta generación está fuera del pasado y del futuro. La ausencia de pautas confiables que resulta de ello, es responsable de que nuestros jóvenes busquen con inquietud nuevas fuentes de seguridad emocional. Muy a menudo esto los lleva a sumergirse en nuevos cultos o en el abuso de drogas, que resultan ser destructivos.

Por estar aislados en el tiempo, los jóvenes occidentales de hoy en día no sólo están más a salvo de las ataduras del pasado que las generaciones anteriores, sino que gracias a que el mundo se ha encogido, están expuestos a una más amplia gama de experiencias y de puntos de vista, incluyendo las filosofías orientales. Muchos de ellos adoptan valores y estilos de vida, tales como la no violencia, el no al materialismo y el respeto por la vida, que contrarrestan el materialismo, la competitividad y otras características ominosas de las sociedades contemporáneas que incluyen tanto la de la Unión Soviética como la de los Estados Unidos.

Ahora déjenme atreverme a suponer que algunas de las filosofías orientales, al reunir características propias del pensamiento occidental y del oriental, estén abriendo una nueva perspectiva para incrementar el bienestar del mundo.

Tomemos, por ejemplo, la Meditación Trascendental, fundada por un santón hindú que había sido entrenado como físico occidental. Se basa en una notable síntesis conceptual de las nociones orientales del conocimiento cósmico y de la teoría occidental del *quantum*. Esta síntesis ha llevado a pronosticar que la meditación simultánea de muchas personas reunidas en un mismo lugar, aumenta el nivel de armonía en el ser humano en esa área, lo cual se ha podido probar objetivamente, con un criterio occidental, por la disminución del nivel de criminalidad y de enfermedad que se logra en los lugares en los que se practica, si se comparan con otros lugares semejantes en los que no se ha practicado la Meditación Trascendental.

Se han hecho muchas comparaciones que confirman estas predicciones. A pesar de que para los occidentales estas suposiciones son absurdas, y de que los hallazgos estadísticos pueden estar sujetos a muchos errores, considero prematuro rechazarlas.

Los adultos de todas las generaciones son propensos a alarmarse por las actividades de los jóvenes, y no hay duda de que la juventud actual ha dado motivos para ello. Los que se aprovechan de las oportunidades que hay ahora para explorar, no disponibles para ninguna generación anterior, pueden estar creando nuevos estilos de vida que le permitirá a la humanidad sobrevivir a su propia ingeniosidad destructiva.

A este respecto, y gracias a su capacidad para unir el tiempo, los seres humanos tienen muchos motivos para querer prever los desastres del futuro y tratar de impedirlos, por un lado, e imaginar utopías y tratar de llevarlas a cabo, por el otro. El prospecto sin precedente de una extinción nuclear ya ha provocado que se hagan esfuerzos igualmente inauditos para evitarla. Las actividades antinucleares han excedido por mucho cualquier movimiento antibélico del pasado, según lo evidencia el tamaño de las protestas en masa que se llevan a cabo en Europa, en contra del despliegue en Alemania de los misiles Pershing II, y el progreso

sorprendente de la campaña de congelamiento nuclear en los Estados Unidos. Aunque sólo haya sido una victoria simbólica el haberse introducido una resolución de congelamiento nuclear en la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, si se le ve desde una perspectiva histórica, es un logro extraordinario.

Por lo que toca a futuras utopías, nuestras habilidades científicas y tecnológicas han creado posibilidades virtualmente ilimitadas. Instrumentos tales como los radiotelescopios y los microscopios electrónicos han extendido enormemente el poder de nuestros sentidos. Podemos penetrar lo más remoto del espacio exterior y las más pequeñas estructuras del átomo. Podemos llegar a la luna y, realmente, mover montañas. Hemos podido reducir las principales causas del sufrimiento humano, tales como la enfermedad y el hambre, y poner al alcance de todos las riquezas culturales de todos los países. En pocas palabras, tenemos en nuestras manos el poder para alcanzar de aquí en adelante, niveles inimaginables de bienestar para la humanidad.

Es así como el poder de abstracción y sintetización de los seres humanos, y su poder para manejar el medio ambiente podrían ser nuestra salvación o nuestra maldición. Estamos en una etapa única en la historia —en un

parteaguas. Por primera vez, si para protegernos unos de otros utilizamos nuestras habilidades técnicas y nuestros conocimientos científicos recientemente adquiridos, para diseñar armas aún más mortíferas, si bien nos va, volveremos a la Edad del Obscurantismo, y si no, arrasaremos a la humanidad y a toda clase de vida de la superficie de la tierra. Estos mismos adelantos científicos y tecnológicos podrían, si se usaran para beneficio de la humanidad, elevar la calidad de vida de todos los seres humanos hasta un nivel que nuestros antepasados jamás pudieron siquiera imaginar.

La elección está en nuestras manos. Lo primero que necesitamos para escoger la vida en lugar de la muerte, es aferrarnos a la idea de que todos los seres humanos somos miembros de una misma especie. No importa cuan irreconciliables puedan parecer las diferencias entre los individuos, entre las razas y entre las nacionalidades, todos los seres humanos tienen esperanzas, temores y aspiraciones semejantes, y todos comparten el mismo destino. Para salvarnos solamente tenemos que atender a la demanda del célebre Manifiesto Russell-Einstein: "Recuerda tu humanidad y olvida el resto" (11).

REFERENCIAS

1. EMERSON RW: Ode to W.H. Channing. En: Evans B: *Dictionary of Quotations*. Delacorte, p. 688, Nueva York, 1968.
2. FRANKL V: En: *Psychiatric News*. p. 34 Septiembre 16, 1977.
3. GOFFMAN E: The moral career of the mental patient. *Psychiatry* 22: 123-142, 1959.
4. JOHNSON S: En: Evans B: *Dictionary of Quotations*. Delacorte, p. 316, Nueva York, 1968.
5. KORZYBSKI A: *Science and Society: An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*. 4a ed. Colonial Press Clinton, MA 1958.
6. NIEBUHR R: *The Nature and Destiny of Man*. Scribner, Nueva York 1955.
7. OPPENHEIMER JR: Physics and the contemporary world. *Technology Review*, p. 203, Febrero, 1948.
8. Proverbios 16:18
9. RAPOPORT A: Verbal maps and global politics. *Etcetera*, pp. 297-312, invierno, 1980.
10. SHERIF M, SHERIF CW: *In Common Predicament: Social Psychology of Intergroup Conflict and Cooperation*. Houghton Mifflin, Boston, 1966.
11. The Russell-Einstein Manifesto. *Bulletin of the Atomic Scientists* 11: 236-237, 1955.